

## Rebelión o revolución

MARÍA DOLORES ALGORA

Viendo a las multitudes en la Plaza Tahrir de El Cairo, sólo cabe destacar el único aspecto positivo al que ha llevado esta desafortunada transición política en Egipto: esta sociedad árabe no está dispuesta a sustituir una dictadura impuesta por otra electa. No están dispuestos a dejar que se anulen sus libertades básicas y la independencia del poder judicial. Los egipcios han tomado conciencia de su ciudadanía y han sufrido ya demasiado las consecuencias de la violencia como para dejarse amedrentar por quienes desean valerse de las urnas para imponer el retroceso. Por eso hoy se impone la rebelión o *tamarrud*.

La transición en Egipto se presentó como un proceso tan difícil como esperanzador. No era poco lo que reclamaba el pueblo egipcio aquel 11 de febrero de 2011: «Pan, libertad y justicia social». Dos años después, los egipcios están cansados de un proceso que no avanza hacia aquellos objetivos.

La gestión de los Hermanos Musulmanes en el Gobierno ha terminado por convertir la transición en un enredo de legitimidades democráticas, que ha acabado incapacitando al Ejecutivo para el diálogo y el consenso. Es indiscutible la legitimidad que las urnas dieron al presidente Mohamed Mursi, pero la confianza de los sufragios ha sido lapidada con una gobernanza plagada de irregularidades, que ha mermado su liderazgo y ha desembocado en una pérdida de apoyos masivos. Desde hace un año, Mursi progresivamente ha ido enfrentándose a actores decisivos.

Sembró el descontento de los políticos de la oposición, ignorando sus demandas en la Asamblea Constituyente. Acabó aprobando la Constitución en un referéndum, que ya evidenció el descontento social por su escasa participación. Después, en una declaración, se atribuyó unas capacidades legales, que acabaron por enfrentarle a la Judicatura. Ésta ha sufrido unas reformas de dudosas intenciones, pues han despertado la sospecha de que esa pretendida limpieza de

los nostálgicos de Mubarak lo que implicaba era una instalación de los islamistas en el poder judicial. Opositores, periodistas y miembros de organizaciones no gubernamentales han sido víctimas de censura y encarcelamiento. El ejército fue retirado de la escena política, a cambio de conservar importantes prebendas constitucionales y sigue desempeñando un papel clave de garantía de la estabilidad social en esta tumultuosa transición.

Con todo ello, Mursi ha logrado aglutinar a todos los que a él se oponen en una alianza, tan diversa como la que derribó a Mubarak. La sociedad egipcia está ahora más polarizada que hace dos años y medio. La negativa a convocar las elecciones legislativas, que tenían que haber tenido lugar en estos meses, se ha traducido en un movimiento social de protesta masiva, que lo que ahora demanda son elecciones presidenciales para sustituir a un gobernante legítimo, pero al que quizás le haya faltado visión democrática para no deslegitimarse.

Si ya lo tuvo difícil en su día la sociedad egipcia, ahora más. A Mursi le quedan pocas salidas para evitar la ruptura interna. Mantenerse en el poder sin acceder a las proclamas sociales es imposible. Hacerlo, incluso cediendo a ello, le enfrenta a las manos más poderosas de la Hermandad que actúan en la sombra. Todo apunta a que, incluso en este caso, no se podría sostener una legislatura completa.

Ésta es la gran tragedia que hoy vive el pueblo egipcio. Hoy se enfrenta a la pérdida de una oportunidad que fue histórica. La Hermandad pudo gestar un sistema propio de gobernanza compatible entre islamistas y quienes no lo son, pero ha agotado la confianza social. Esto no ha sido una verdadera transición, sino una revolución inacabada. Tan incierto es ahora el futuro egipcio como en 2011.

María Dolores Algora Weber es profesora de Historia Contemporánea Universal en la Universidad CEU San Pablo.